"Había entonces entre nosotros un comerciante y banquero á la vez, empresario y comisionista, que ejercía casi todas las industrias. Su crédito era considerable, é inspiraba, sobre todo á las clases ilustradas de nuestra población, una confianza sin límites. Conociale yo por haberle tratado de cerca en un negocio judicial, en que se había conducido como un caballero. Vino casualmente á verme para darme las gracias por no sé qué buen servicio que había tenido ocasión de prestarle, y de una en otra llegué á hablarle de la colocación de mis quinientos francos. Mostróse conmovido por la pequeñez misma de la cantidad, respetuosamente conmovido y me dijo: "Yo no hago en mi casa negocios de esta clase; pe-"ro si tiene usted confianza en mí, déme usted su dine-"ro. Puede usted ir añadiendo cada hora lo que pueda "distraer del gasto ordinario de la casa. Todos los años "pondré á usted la cuenta de su situación y... ¿quién sa-"be?... En todo caso no arriesga usted nada."

"Yo acepté la proposición y él me cumplió la palabra. Con lo que yo le iba entregando de tiempo en tiempo, y los intereses que él me iba acumulando, en ocho años mis quinientos francos se triplicaron, y comencé á decirme: "Ahora, si yo muriera, mi mujer tendría, por lo mé-"nos, algunos meses de desahogo para revolverse." Y tuve un poco de orgullo pensando que no era ya un marido enteramente inútil, ni un mal padre..."

Cárlos se detuvo porque le faltaba la respiración. Bajo la forma, hasta cierto punto ligera, de este escrito, había en él un no sé qué tan doloroso, que todo el mundo tenía el corazón oprimido, excepción hecha de Guérault y compañía, que comenzaban á interesarse por los mil

quinientos francos. Mi madre escuchaba con creciente asombro; decididamente no había oido una palabra de este asunto. Aquel pequeño ahorro era una sorpresa triste y laboriosamente preparada, que el pobre papá había querido hacer á nuestro duelo para el día siguiente de su muerte. Comprendía yo ésto sin adivinar lo demás; así es que experimenté gran extrañeza al oir al doctor que refunfuñaba detrás de mí con reconcentrada cólera:

—¡Ah, miserable! ¡Estafador, vilano!

¿De quién hablaba?

Cárlos se encargó de responder á esta pregunta continuando la lectura:

"Una mañana del pasado invierno, el señor Sicard...

Este nombre fué recibido con general murmullo.

—¡Sicard! murmuró mamá. ¡Era él!

—¡Diablo! dijo el doctor Olivier.

—¡Ya apareció aquello! exclamó Guérault.

Mis hermanas se agitaron, y debo confesar en honor de Francisco, el calavera, que trataba de calmarlas, dando pruebas de tener excelente corazón; pero Luisa le impuso silencio, diciendo con tono dolorido y grave:

—¡Por él ha muerto el pobre papá!

—Le hemos perdido por la voluntad de Diós, hijas mias, dijo el señor Jamond con timidez, pues temía irritar inútilmente aquellos rencores que tenían su principio en un dolor tan legítimo.

Cárlos añadió con mucha más energía:

—Los que amen la memoria de papá, no deben maldecir al hombre que él ha perdonado.

—Es verdad, dijo en seguida mamá; tú vales más que nosotros, hijo; pero ¿no era bastante perdonar? ¿Era preciso olvidar por ese canalla á su mujer, á sus hijos?...

—Hija mia, la dijo el señor cura; déjele Vd., por Diós, que concluya.

Mamá bajó la cabeza murmurando:

—¡El vé mi corazón, él tendrá compasión de mí!

La pobre viuda hablaba de su marido; pero Diós es el que vé los corazones, y depositario fiel, va recogiendo y juntando el tesoro de nuestras lágrimas. Cárlos repitió, continuando la lectura:

"Una mañana del pasado invierno, el señor Sicard vino á mi despacho y me dijo: "Me voy á pegar un tiro..."

—¡Te veo! di Guérault.

Y los otros dos primos se encogieron de hombros con mofadora sonrisa.

—Hé aquí, murmuró el doctor, tres animales tan feroces, que casi le hacen á uno compadecerse de Sicard.

".....Había depositado ya su libro de caja, continuaba la carta de papá, y estaba medio loco ó loco del todo, hablando á la vez de fuga, de suicidio y de inmensas especulaciones, por medio de las cuales volvería de nuevo á subir al pináculo de la fortuna. ¡Pobres queridos mios!...¡No dejeis por ésto de quererme!...No pensé en mis mil quinientos francos, es decir, en vosotros, hasta que él hubo salido de mi despacho. Mientras estuvo en él, mi deber era el apartarle de sus ideas de muerte violenta; mas tan pronto como le perdí de vista, vino la reacción y caí en un gran abatimiento por la suerte de vuestra pequeña herencia. En vano trataba de resignarme.

"Luego despues andaban ya los ciegos vendiendo las coplas del suceso. La quiebra de Sicard era la noticia del día, conocida de todo el mundo. Este desdichado había exasperado la envidia en torno suyo con su lujo fastuoso y nécio. Tenía naturalmente cierta habilidad para llamar al dinero, y se atraía los capitales; pero en el fondo no era ni siquiera un hombre ordinario, ni ménos un hombre de mundo, y su triunfo de un día había sido para nuestra ciudad una cólera, un escándalo, una humillación y un disgusto. La ciudad se vengaba en cuanto podía. Unos decían que había ocultado sumas enormes en un agujero; otros contaban multitud de casos, que se asemejaban á mi propia desventura como una gota de agua á otra gota de agua. Se le acusaba de haber incitado á un centenar de pobres hombres á confiarle sus economías, y de haber hecho de todas ellas una suma, que había expedido sobre Liverpool ó sobre Jersey.

"Así se pasó todo el día. Ya que fuera á casa de mis colegas, ya al tribunal, ya en la calle, en todas partes oía hablar de aquel hombre, cuya fortuna, robada y puesta al abrigo de la justicia, iba creciéndose para mí de hora en hora. Era un ladronicio y un destrozo: había saqueado á las tres cuartas partes de la población.

"Mi indignación llegaba hasta la cólera, y el ódio se apoderaba de mí. Supe su arresto hácia las tres de la tarde, y dije: "¡Bien hecho!" A las seis me llamó el señor presidente, anunciándome que yo era el encargado de instruir el sumario, y añadió: "Es preciso que se haga un ejemplar." Esa era mi opinión. Me fuí á la cárcel para recibirle la indagatoria, y allí el tal Sicard me propuso que me devolvería mis mil quinientos francos...

—¿Y nada más para con ellos? interrumpió Guérault.

El doctor Olivier se levantó tan bruscamente, qne quiso derribarme en el suelo. Su mirada hizo á Guérault bajar la cabeza como si le hubiera puesto la mano encima, y el pobre alcalde, que no era malo del todo, balbuceó:

—Yo no he querido injuriar á nadie...

No sé yo si la pobre mamá había comprendido bien. Me inclino á creer que los mil quinientos francos, de que sus hijos tenían tanta necesidad, la ocultaron un poco todo lo demás. Cárlos ni siquiera se volvió á mirar á Guérault, y continuó leyendo la frase interrumpida hasta el final:

"...Sicard me propuso devolverme mis mil quinientos francos en fraude de los demás acreedores de la quiebra. Hacía largo tiempo que yo creía haber dominado completamente mi orgullo, pero me engañaba La idea de que había podido hacérseme semejante proposición á mí, magistrado, me sacaba de quicio y salí de la prisión decidido á concitar contra aquel desgraciado todos los rigores de la ley. El juez está investido de tal responsabilidad, que lo que en la conducta de los demás es mera debilidad ó simple falta, en él es un crímen Comencé el sumario bajo la presión de la cólera, y ví á Sicard culpable aún en tésis general; porque en lo particular, y por lo tocante á mí, claro es, había cometido un acto doblemente culpable.

"El excelente amigo, el digno sacerdote que dirigía mi conciencia, descubrió antes que yo mismo la turbación que nacía en mi alma. Ante todo desaprobó el vanidoso pretexto que me había inducido á no rechazar todo papel activo en el negocio, por la extrema repugnancia que tenía yo en confesar mi posición de estafado.

"Mandóme que me recusara, lo cual hice incontinenti, y el sumario fué seguido por uno de mis colegas.

"Pero un sumario, como toda obra de este mundo, sigue el impulso que se le ha dado desde el principio. Para mí, desde el principio, Sicard era culpable. Le había yo *buscado* culpable en todos los documentos, en todas las circunstancias del proceso, y he dirigido la presente carta á Cárlos á causa principalmente de lo que voy á decir aquí mismo. Estas pocas líneas podrán ilustrar toda su carrera de magistrado: *La condición más difícil, y la más indispensable para cualquiera que investigue la verdad judicial, es la de investigar sin preocupaciones.* El más íntegro de los hombres y el más perspicaz será engañado y engañará á lo que se llama la justicia humana, si se escucha á sí mismo un solo instante antes de interrogar á Diós..."

Guérault tuvo aquí un golpe de tos fuerte, y tambien oí al doctor, que murmuraba:

—¡Caramba, ésto nos lleva en andas y volandas á la Edad Media!

"Atribúyome pues por una parte, continuaba mi padre en su carta, la falsa pendiente por donde desde un principio y sin intermisión ha corrido la instrucción del proceso de Sicard; yo era el que había marcado el rumbo que despues han seguido, aún á pesar mio. He acumulado despues, es cierto, una montaña de trabajos para reparar mi falta; pero no he hecho bastante, y mi deuda no quedará bien pagada sino el día en que haya vuelto á dar al caso de ese pobre hombre su verdadero ca-

rácter. Mi mérito, si en ello tengo alguno, consiste en que no hay nada en ese hombre que pueda inspirar cariño ni interés siquiera. Era un hongo de los muladares comerciales, y al pisarle, se volvió á meter en el estiércol. No tiene ni corazón, ni talento, ni cálculo, ni mucho ménos probidad; no es nada, es un vacío, una cosa enteramente inútil, una nulidad, que en cierta jerga suele designarse con la palabra *industrial.*

"Esta palabra, sin embargo, así aplicada es una mentira; la industria tiene personas que valen.

"El *inadustrial* de que yo hablo vive de todo lo que es malo, ó por lo ménos dudoso, en nuestro órden social; pero vive legalmente. Ante el Código de Comercio, tal como le han hecho, y ante el conjunto de nuestras leyes sobre la quiebra, el señor Sicard no es un criminal: el tribunal nada tiene que ver con él. Me ha ultrajado despues de haberme estafado; ha empañado mi honor en el concepto de mis compañeros; pero éstas son injurias que ha cometido contra mí personalmente, y que no podían modificar en nada mi deber como representante de la justicia. En consecuencia, yo soy ahora su deudor, estoy bajo el peso de la obligación contraida por mí para con él el día en que, yo el primero de todos, torcí el giro que el sumario debía seguir, presumiendo temerariamente que se hallaría delito, y aún delitos calificados, en su cartera de escamoteador vulgar que trabajaba con permiso de la autoridad, como se dice en las férias, bajo la tolerancia del uso, de la jurisprudencia y de las costumbres. Ninguno de sus actos era conforme á la honradez estricta; pero ninguno hacía á la honradez legal una de esas heridas cuya importancia, minuciosamente regulada por

la ley, determina las jurisdicciones y fija con escrupulosidad farisáica la medida de las reprensiones públicas.

"El Código no es el Evangelio, ni con mucho. El Código tiene las más anómalas severidades y las más extrañas indulgencias. Protege al comercio, en lo cual va muy adelante. Pues bien, en mi sillón de magistrado soy, como en todas partes, siervo del Evangelio; pero allí soy especialmente esclavo del Código.

"Según el Código el señor Sicard es *inocente* pero; ¡que Diós os libre á todos de semejante inocencia!

"He empleado muchas veladas para ver de llegar á establecer la *inocencia* de Sicard, y no he concluido todavía; pero creo que llegaré á ese resultado. No hay más que un hecho resueltamente criminal en los cargos contra el señor Sicard, y es el hecho mismo que á mí se refiere, la proposición que me hizo al indagarle; yo no tengo derecho á pasar ese delito en silencio, pero le atenuaré en la medida que me lo permita mi lealtad, y el señor Sicard no irá por él ante el tribunal ordinario: de este modo quedaremos él y yo cuenta con pago, pues que el tribunal del Comercio, por lo que hace á mis mil quinientos francos, le concederá el descargo de los fallidos.

"¿Estoy igualmente en paz con vosotros, mi mujer y mis hijos?... Tengo solicitado presidir una sesión más que otros años; y en mi oficio de presidente ambulante me *respetaré* todavía un poco ménos, si es posible, para ahorrar un poco más. ¡Aquí me teneis ya viejo y tan cansado, pero tambien tan lleno de confianza!... Trabajando yo por Sicard, cuando el fastidio y el cansancio me abrumaban, parece que Diós me decía: "Valor, pobre obrero; los que amas recibirán tu salario." ¡Oh, Jesús

mio, que tengan un poco de ventura! ¡Que mi mujer querida les vea crecer en redor suyo y ser buenos! ¡Dadles el pan de cada día, el pan del cuerpo y el pan del alma!..."

La carta se interrumpía aquí, pero para continuar con la fecha de cinco días despues, es decir, la víspera misma de su muerte. En esta segunda parte mi padre hablaba de la enfermedad de mamá y de sus ataques cada vez más frecuentes. Veíase allí un terror que trataba de deslizarse al través de su confianza. Daba gracias á Diós por la buena salud suya, y le pedía perseverancia y aumento de valor.

"Iré continuando día por día, seguía el escrito, está comenzada la carta. Pondré en ella mis consejos y mis instrucciones; lo más ya está hecho, pues que ya he concluido con la historia de mis mil quinientos francos; pero mañana os diré cómo os deberíais conducir, si yo faltara con Sicard ó con su familia, según las eventualidades. Me tiembla un poco el pulso, porque todavía esta mañana, á lo más largo, mi mujer no tenía del todo buen semblante. ¡Hace tanta falta en casa! No permitirá Diós, así lo espero, que se vaya del mundo antes que yo."

Esta era la última palabra. Mi madre dijo con voz quebrantada y doliente:

—Diós ha tenido á bien escucharle, yo soy la que sobrevivo, pero le siento rogar por nosotros en el cielo. ¡El divino Salvador sea bendito desde el fondo de nuestra pena! Era aquel, hijos mios, un dinero desdichado, y que había costado bien caro seguramente: vuestro pobre padre había consumido su vida en ganarlo, y ha consumido tambien su vida en perderlo. ¡Qué padre y qué cristiano! Quiero arrancar de mí todo rencor; y os ruego, hijos mios, que perdoneis, como yo, á ese hombre que...

No acabó la frase; pero tenía las manos cruzadas, y todo su pensamiento se remontaba al cielo.

Mis tres hermanas, Francisco y Cárlos, se agruparon en torno de ella, y dijeron todos juntos:

—Le perdonamos por el amor de papá...

—Por el amor de Diós, rectificó mi madre.

El doctor Olivier me tenía preso entre sus brazos, sin saber lo que hacía, y me apretaba contra sí, murmurando:

—¿Pero qué es lo que hay en el fondo de estas ideas?

Hasta los tres parientes campesinos no dejaban de experimentar cierta emoción. Uno de ellos dijo:

—¡Pues señor, sea en buena hora; no está mal!

Y Guérault replicó mirando hácia nuestro lado con recelo, pues el doctor le imponía.

—Está muy bien, tanto más cuanto que el gandul de Sicard es insolvente; aunque se le machacara en un mortero, y se le esprimiera, no se le sacaría un céntimo: tanto monta pues regalarle la deuda.

El Sr. Jamond pasó por delante de nosotros para ir junto á mamá, y la cogió las dos manos. Yo me quedé solo con el doctor, que hacía vanos esfuerzos por aparecer tranquilo.

No puedo yo decir que sintiese en mí muy pronunciada vocación de apóstol, toda vez que me había aprovechado de mi alejamiento para no juntar mi voz á la de mis hermanos y mis hermanas cuando habían perdonado á Sicard; pero sentí no sé que interno impulso, y por

otra parte obedecía al último encargo de mi padre; así es que me revolví entre las rodillas del doctor, y fijé mis ojos en los suyos, para preguntarle de repente:

—¿Es verdad que no has hecho todavía la primera Comunión?

El doctor frunció las cejas balbuceando:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Papá, le respondí.

Y como él guardara silencio, apartando los ojos hácia otro lado, añadí:

—Este año voy á hacer yo la mia.

—Mejor para tí, Juanito, me dijo aparentando indiferencia.

—Es que papá ha dicho, añadí, que tú harías la tuya al mismo tiempo que yo la mia.

Creí que se iba á reir, pero me rechazó de sí con una violencia que rayaba casi en brutalidad: despues, cogiéndome de nuevo, tódo asustado como yo estaba, me puso sobre las rodillas para decirme al oido muy poquito á poco:

—Escucha, Juanito, te quiero mucho, mucho.

—Ya lo sé yo, le conteste; pero ¿te he incomodado?

—¿Y tú, me preguntó él á su vez sin responderme, tú me quieres tambien?... Sí, estoy seguro de ello.

—¡Oh, sí, ciertamente!

—Pues bien, Juanito mio, añadió bajando la voz más todavía; no me hables nunca de eso.

—¿Por qué?

—Porque si me hablaras de eso no volvería á ver a tu madre.

Levantóse, y quise retenerle cogiéndole de la levita;

pero en aquel momento Juliana abrió de par en par la puerta, y dijo con solemnidad:

—La sopa está en la mesa.

En seguida añadió, dirigiéndose á toda la concurrencia.

—Esta es la primera vez que se ponen los manteles en casa despues de la desgracia. Nadie ha comido ni ha bebido, de tantos como son: ¡ni siquiera se había atizado en la cocina!

Todos los que no eran de casa se retiraron inmediatamente, inclusos el señor cura y el médico, y solos ya los de la familia entramos en el comedor, que me pareció como si no le hubiera visto nunca.

En ninguna otra parte se nos mostró el vacío dejado por la ausencia de mi padre, ni tan ancho ni profundo. A decir verdad, él no tenía para dedicarnos más que las horas de comer, y allí era especialmente donde nosotros le habíamos amado, agrupados en torno suyo, recreados con su dulce sonrisa, y encontrando siempre demasiado cortos los instantes que quitaba para nosotros á su trabajo.

Permanecimos de pié, y con el corazón oprimido, al redor de la mesa, donde no faltaban cubiertos, pues había dos más que de ordinario. Nuestras servilletas estaban en sus respectivos aros, salvo la de la monja y del soldado, que acababan de salir del armario plegadas y limpias.

Pero en el sitio de papá, que estaba en el centro de la mesa, no había nada.

Mi madre iba cogida del brazo de Francisco, y la monja la sostenía por el otro lado. Detúvose un instante

á mirar aquel sitio desocupado, y murmuró: ¡Diós mio, Diós mio! ¡Todavía me parece que no es verdad!...

Todos los pechos estallaron en sollozos, porque eso mismo era precisamente lo que sentíamos todos y cada uno, y lo que es yo por mi parte conservaba en mí todavía no sé qué nécia esperanza.

Cada campanillazo me hacía bailar el corazón, y sentía sobresaltos cuando se abrían las puertas.

La sopa vaporeaba en medio de la mesa, y yo hacía por recordar si vaporeaba lo mismo antes. Juliana estaba de pié detrás de la silla de mi padre, con las manos caidas sobre el delantal.

—¿Pero qué hacen ustedes? dijo de pronto con cierto enfado, viendo que nadie se acercaba á la mesa.

Como no la respondía nadie, dió con la punta del delantal un gran restregón á sus ojos, y se fué al aparador donde cogió la pila de platos que solía poner de ordinario delante de papá, que era quien nos servía.

—Yo no sé, dijo, si ahora habrá que poner ésto delante de la señora.

Mamá se extremeció é hizo con la cabeza un signo negativo, mostrando al mismo tiempo con el dedo el sitio desocupado.

Todos creímos que iba ella á sentarse allí, y en verdad que todos estábamos del mismo parecer en aprobar su determinación.

Francisco y la monja se pusieron en marcha para conducirla al sitio de preferencia, donde Juliana acababa de depositar la pila de platos; pero mamá les hizo detenerse en su sitio de costumbre. Llamó á Cárlos con una voz que parecía robustecida por el exceso mismo de la emoción.

Y Cárlos vino.

Yo no sé si podrá ponerse más pálido á la hora de la muerte.

Repito una vez más que á Cárlos le queríamos, puesto que no había entre nosotros más que amor; pero era el ménos querido de todos, á causa sin duda de su mayor piedad y de su extraordinaria modestia. Este sentimiento de disgusto en frente de la perfección se encuentra donde quiera que haya criaturas humanas, en el estado eclesiástico como fuera de él, y le he encontrado hasta en la soledad de los desiertos que habitaron los santos.

Mamá posó su mano sobre la frente de Cárlos, lo cual creo que fué una especie de bendición, despues le abrazó con ternura, y le designó el sitio de preferencia.

Cárlos dijo muy bajo, poniéndose casi de rodillas:

—Madre mia, madre mia! ¡Yo te lo ruego!... Pero ella le respondió:

—Hijo mio querido, es lo que corresponde. El lo quería, y yo tambien lo quiero.

———

Entonces rodeamos á Cárlos y le abrazamos todos. El soldado, que no había sido nunca de su parecer, fuese cualquiera la cosa de que se tratara, le dijo de lo íntimo de su corazón:

—Ya sabes; puedes mandarme, que yo te obedeceré.

La monja se le colgó del cuello, en tanto que Luisa y Ana esperaban su turno. Juliana hizo con la cabeza encanecida signos afirmativos con expresiones de gran contentamiento, en el fondo del cual quedaba, sin embargo, un poco de desconfianza.

Cuando hubimos conducido á Cárlos á su nuevo sitio, rezó el *Benedicite*, como papá tenía costumbre de hacerlo. Desde entonces había ya en nuestro mismo dolor cierto consuelo severo y apacible: el vacío no era ya tan aterrador ni tan grande. Al hundir el cucharón en la sopera, nos dijo Cárlos:

—Aquí estoy, según el mandato mismo de papá, bajo la autoridad de nuestra madre; y la he obedecido al aceptar este puesto, como la obedeceré siempre.

Dicho lo cual nos sentamos todos, dando así comienzo la primera comida de nuestra familia huérfana.

FIN DE LA MUERTE DEL PADRE.

INDICE

	Págs.
PROEMIO	5
I.—Retrato de Juan.—Su cueva y Magdalena.—María	7
II.—El círculo de obreros.—Juan me habla del Tartufa político y de un libro por hacer	17
III.—De un asunto de drama y de la repugnancia que Juan tenía á mostrar el fondo de su corazón	30
IV.—Comienzo de la historia.—El padre y la madre de Juan	44
V.—El pensamiento de la muerte	53
VI.—La confesión	66
VII.—La Extremaunción y el Viático	85
VIII.—El negocio de Sicard.—Cárlos.—La palabra cortada al medio	100
IX.—La sonrisa de papá	123
X.—María	141
XI.—El testamento.—*El Benedicite*	160